

---

# Notas introductorias acerca de la adquisición del lenguaje\*

---

**Yolanda Fernández Acevedo**

Facultad de Humanidades - CIUNSa

La cuestión de cómo un niño adquiere su lengua materna ha llegado a constituir un problema central, de investigación ineludible, para la construcción del lenguaje como objeto teórico. En disciplinas tales como filosofía del lenguaje, filosofía de la mente, psicología y lingüística, la cuestión parece insoslayable, en tanto se pretende abordar cuestiones tales como la de qué cosa es un lenguaje. Más precisamente, la psicolingüística se ha constituido sobre la relevancia temática de lo que implica adquirir un lenguaje. Las ciencias cognitivas no han desdeñado la consideración de la pregunta acerca de qué aprendemos al aprender un lenguaje. Desde lo que **Chomsky** (1995) considera la segunda revolución cognitiva, podríamos asegurar que el planteo mismo de la adquisición, parece aproximarnos a, o bien dirigirnos hacia, una suerte de problemática que se vincula, en primer lugar, con la postulación de una mente/cerebro, considerada como un sistema de procesamiento de información capaz de realizar computaciones, a través de una actividad representacional y con la necesidad de especificar en segundo lugar de qué manera el sistema representacional y el lenguaje incorporan conocimientos en la mente de alguien que habla y entiende un lenguaje. Esto implica conjeturar acerca de las relaciones que el lenguaje mantiene con diversos sistemas de procesamiento de información de la mente/cerebro, y de las complejidades acerca del uso del lenguaje en la comunicación, en la comprensión y en la organización del comportamiento, problema que requiere explicar la adquisición, tanto del lenguaje, como del sistema cognitivo mis-

---

\* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación N° 533, que dirige la autora.

mo, y los diversos sistemas de procesamiento que se interconectan con el lenguaje. Esto explica la centralidad del tema de la adquisición del lenguaje.

1. ¿Qué es lo que adquirimos cuando adquirimos un lenguaje? ¿Qué es un lenguaje? Desde la práctica de la filosofía analítica, plantear los grandes problemas filosóficos como problemas de lenguaje, como problemas que se sustentan en lo lingüístico, ha permitido poner el lenguaje en el centro mismo de toda discusión. Cualquier reflexión filosófica, en estos términos, debe plantearse como una discusión que podría, si no resolverse, al menos disolverse, en una práctica conveniente de análisis de las expresiones lingüísticas en las que se expresan las proposiciones correspondientes. Si bien el primer giro lingüístico (**Rorty**, 1969) desconoce los aportes de la ciencia lingüística de muy reciente constitución, escaso desarrollo y sin difusión fuera de círculos muy apegados a la consideración gramatical el llamado segundo giro lingüístico incorporará los aportes de la nueva lingüística, muy especialmente de la lingüística chomskyana. La revolución cognitiva, que en los años cincuenta procede a demoler los supuestos antimentalistas del conductismo en sus distintas versiones, tanto psicológicas como filosóficas, al indagar sobre procesos, estados, eventos y propiedades de lo mental, sugiere una refutación de todo planteo reduccionista, pese a que elabora sus mejores supuestos teóricos sobre el rechazo de todo dualismo. La metáfora de la máquina, la metáfora computacional de la mente, asegura que pueden describirse y explicarse procesos, estados, eventos o propiedades de lo mental, sin apelación a ningún tipo de dualismo. El lenguaje, desde esta perspectiva, pasa a constituirse en un aspecto relevante de lo psicológico, al lograr un puesto central en la discusión de procesos representacionales, intencionales y de organización del comportamiento.

Pero hay todavía un apoyo más para esta situación de privilegio que las nuevas teorías asignan al lenguaje. Desde la perspectiva filogenética, la evolución planteada por el darwinismo, supone la consideración de una discontinuidad genética que será analizada desde lugares muy diferentes en la psicología del desarrollo. ¿Cómo explicar que la especie humana sea la única que habla, sin apelar a consideraciones contaminadas de misticismo y con una carga ontológica dudosa? (**Chomsky**, 1995). La investigación empírica trabajó esta discontinuidad de dos maneras distintas: en situaciones de laboratorio, con diseños experimentales psicológicamente interesantes, en la provocación de aprendizajes en monos de distintos tipos de “lenguaje”, desde los de señas surgidos del lenguaje universal de sordomudos, hasta la “escritura” con signos icónicos o arbitrarios para una pequeña pero variada gama de temáticas de alimentación o juego; y, en segundo lugar, con la observación en el propio hábitat de grupos de distintos antropoides, y de los mecanismos de comunicación en casos de peligro. Estas contribuciones pudieron establecer, junto a otras indagaciones sobre

especies menos cercanas a lo humano, conclusiones ciertamente no desdeñables que aseguran, pese a la discontinuidad del lenguaje, la continuidad en la comunicación, un aspecto ciertamente relevante, aunque no el único, en el lenguaje humano.

Esta gama de cuestiones asociadas con la comunicación permiten ver el lenguaje desde la perspectiva de una continuidad explicativa con los sistemas de comunicación animal, que no fue poco aprovechada por la lingüística, ya que permite lúcidas respuestas a la siempre abierta cuestión de qué cosa es un lenguaje.

En tanto, el problema de la representación, tal como lo entiende la psicología cognitiva en algunas de sus variantes, coloca como cuestión relevante la relación entre el lenguaje y el pensamiento. Una tesis representacionista permitiría adherir a la hipótesis de la prioridad del pensamiento sobre el lenguaje. Conocemos, sin embargo, que algunos filósofos suponen una prioridad del lenguaje sobre el pensamiento (estrictamente hablando, sólo piensa quien habla), tesis que fuera objeto de una intensa tarea de desmontaje por **Piaget**, quien supone para la construcción del lenguaje el apoyo de estructuras cognitivas cuyo surgimiento y equilibrio disponen las posibilidades representacionales, sobre las que se instala luego la “función semiótica” o simbólica (**Piaget**, 1959).

2. ¿A qué llamamos lenguaje? ¿Qué es lo que define algo que pueda ser denominado lenguaje? **Chomsky** asegura que estudiar la adquisición del lenguaje, implica consideraciones acerca de qué es un lenguaje, saber ya qué cosa es un lenguaje. El mismo **Chomsky** (1957) define lenguaje “como un conjunto finito o infinito de oraciones, cada una de ellas de una longitud finita y construida a partir de un conjunto finito de elementos”. Se hace eco así, de la caracterización de **Humboldt** que enuncia que el lenguaje se constituye como un sistema que hace un uso infinito de medios finitos. Podemos acordar con **Hierro Pescador** (1986) que el término “lenguaje” puede ser usado para designar sistemas de signos o símbolos (naturales o artificiales) que operan como códigos de representación y/o de comunicación, para algún sistema (biológico o cibernético). Todo esto nos remite a considerar diferentes dimensiones que operan en la caracterización de qué sea un lenguaje, a saber, un aspecto “estructural”, un aspecto “funcional”, y una dimensión “comportamental” (**Belinchón**, 1992). Así, desde la primera perspectiva, como sistema semiótico, un lenguaje puede ser descrito como una serie de elementos (señales, signos o símbolos), que representan algo, “por lo que adquieren la capacidad de modificar e influir ciertos aspectos del comportamiento de los individuos”. [cf. **Morris** (1938) citado en **Belinchón** (1992)]. En tanto sistema de signos, el lenguaje puede ser convenientemente descrito en términos de propiedades semánticas (significados) pero también sintácticas (reglas de combinación) y pragmáticas (usos). Esto per-

mitiría el estudio de una gramática del “código” que los usuarios comparten y “conocen”. La dimensión funcional describe y explica el lenguaje en función de un instrumento (un órganon, como lo denomina **Aristóteles**) que media en las distintas actividades de los organismos que utilizan un código. Esta mediación, como lo reconociera **Vygotsky**, aparece como privilegio específicamente humano. La dimensión comportamental atiende a cómo se usa el lenguaje: cómo se receipta, decodifica, interpreta un mensaje, y cómo se organiza una respuesta o una acción en función de ésta.

Los aspectos y la dimensión propias de un lenguaje subyacen a toda consideración de qué sea el lenguaje. La especificidad humana del lenguaje implica el reconocimiento de que, desde la ontogénesis, deberíamos poder circunscribir, describir, e incluso explicar, qué es un lenguaje, y qué es lo que aprendemos cuando aprendemos a hablar. Este difícil problema tiene que ver con la forma en que, en todo el lenguaje natural, pueden señalarse cuestiones tales como la arbitrariedad de sus unidades y estructuras (la vieja discusión entre anomalistas y analogistas, o sea la disputa ya presente en el Cratilo de **Platón**, acerca de si el lenguaje es convencional o es por naturaleza, si depende del arbitrio y del consenso de los hombres o de relaciones de analogía con esencias) que muestran la inexistencia de todo lazo esencial entre los significados y sus significantes. Pero además, cuando consideramos las diferentes lenguas, y la diversidad de las mismas, encontramos que los modos de designar, y, por tanto, la manera de establecer categorías sobre la realidad (lo que aparece implicado en los problemas de la traducción) difieren entre sí: cada lengua particular procede a un recorte de la realidad, que se expresa a partir de una forma especial de establecer categorías que dependen de una peculiar cosmovisión, de una manera especial de configurar la realidad.

Si reconocemos la importancia de teorías tales como la de **Humboldt**, o las tesis de **Sapir-Whorf**, así como los variados aportes de **Rosch**, cabe entender el grado de participación del lenguaje en la construcción de la realidad, tratándose entonces, no sólo de un código que los usuarios decodifican en sus prácticas habituales, sino de un importante instrumento de estratificación ontológica.

**Vygotsky**, por ejemplo, fue uno de los primeros que asociaron adquisición del lenguaje con formación de conceptos. En su teoría, el lenguaje es un importante instrumento, no sólo de naturaleza proposicional y predicativa, sino de categorización y autorregulación del comportamiento.

3. ¿Qué es lo que se adquiere cuando se adquiere un lenguaje? La pregunta, así formulada, parece invitar a reflexiones e indagaciones que abarcan los múltiples aspectos que podemos encontrar en la génesis del lenguaje. Si nos re-

mitimos al problema de la filogénesis, la aparición del lenguaje como discontinuidad provoca, por cierto, la remisión a un orden temporal que abarca varios miles de años. Las condiciones que hacen que en la evolución del “homo erectus” al “homo sapiens sapiens” se encuentren rasgos que atestiguan la posibilidad de un aparato fonador apto para la producción sonora que un lenguaje humano supone, dan pie a la atribución de lenguaje en tiempos tan tempranos. Si vamos a creerle a **Vygotsky**, la herramienta y el signo, como instrumentos de mediación, pueden considerarse genéticamente contemporáneos; en su teoría está proponiendo una forma de entender la génesis de la conciencia como artefacto semiótico, como instrumento categorizador. Sin desconocer la importancia de estas tesis, e incluso relativizando sus alcances a los de una reconstrucción teórica de instancias filogenéticas y culturales, las tesis de **Vygotsky** parecen útiles para una explicación que resuma los alcances de la perspectiva filogenética en los estudios ontogénéticos.

Es precisamente en la ontogénesis del lenguaje en donde las diversas teorías han elaborado argumentaciones que invaden territorios no sólo lingüísticos sino de alcances psicológicos y filosóficos que parecen provenir de las implicancias gnoseológicas y ontológicas de toda teoría que explore esta particular adquisición.

El conductismo, cuya hegemónica posición tardó en ser abandonada, precisaba en sus metapostulados una situación peculiar para la ontogénesis del lenguaje. Desde **Watson** a **Skinner**, la descripción de lo que sucede en el nivel comportamental del habla se constituye a su vez en la explicación, como “aprendizaje” de la adquisición de la lengua materna. Este aprendizaje no rehuía la descripción canónica en E-R, con los reforzamientos habituales, por lo que el lenguaje aparecía reducido a comportamiento verbal, y éste sujeto a las contingencias ambientales. La refutación de **Chomsky** a este programa tiene que ver sobre todo con la siempre insuficiente aportación del medio y con la torrencial “salida”, para nada explicada a partir de los paupérrimos “inputs”. Esta diferencia entre la pobreza de los estímulos ambientales (siempre escasos en relación a la riqueza de una lengua) y la complejidad de la gramática que el niño elabora en alrededor de cinco años, es lo que **Chomsky** asegura es el argumento fuerte para suponer estructuras innatas responsables de esta adquisición. Un argumento empírico, el de los errores gramaticales sistemáticos que cometen los niños (“rompido” por roto, “ponió” por puso) aseguran que el niño está usando, en forma inconsciente, estructuras gramaticales innatas que no derivan del ambiente, y que proceden como tendencias de regularidad interna frente a las estimulaciones lingüísticas que recibe. El lenguaje aparece aquí descrito en función de un nivel de competencia, no accesible a la investigación empírica sino a través de la actuación, y que puede definirse como el conocimiento universal,

tácito, inconsciente, de la lengua, en tanto ésta se desprende de estructuras universales de carácter gramatical, que permiten que, de acuerdo a la exposición a determinados *inputs* ambientales, el niño desencadene toda la gramática de su lengua materna, en tanto gramática compatible con los datos del entorno, pero dependiente de estructuras profundas de la gramática universal. Para **Chomsky**, esto implica que el innatismo es la única explicación posible, y que postular un modelo de lenguaje implica postular un modelo de lo mental. Esto implica que el sistema cognitivo mismo, y sus diferentes sistemas de procesamiento, son innatos.

Es interesante destacar la posición inversa sostenida por **Piaget**, para quien el lenguaje no posee una relevancia especial; las estructuras cognitivas que se construyen en los dos primeros años de vida, desde la inteligencia sensorio motriz, son las responsables del surgimiento de lo representacional. La función semiótica no es, de esta manera, sino un caso más de las estructuras cognitivas. Al no asegurar al lenguaje un rango de privilegio, lo que está haciendo **Piaget** es discutir las posiciones del neopositivismo, en tanto el lenguaje se privilegia sobre el pensamiento. Contrariamente, en **Piaget**, el lenguaje es condición necesaria pero no suficiente para el pensamiento. Las estructuras lógicas no devienen del lenguaje: se trata, por el contrario, de construcciones que preceden al lenguaje, y que lo necesitan sólo en el ámbito de las operaciones lógico formales, en tanto es proposicional. Si bien comparte **Piaget** con **Chomsky** la tesis de que el lenguaje no supone un aprendizaje del tipo E-R, ni procede de una lógica inductivista, al asegurar para la adquisición de la lengua materna el rango de “construcción”, y someter éstas a las construcciones cognoscitivas, el papel de lo lingüístico cambia sustancialmente. En ambas teorías se encuentra implícita una teoría de la mente: en una de ellas, se apela al innatismo, y en la otra al carácter de “constructo” de todo proceso, estado o evento de tipo mental. En el caso de **Piaget**, es notable que las construcciones cognoscitivas que conllevan lo lingüístico, se realicen de acuerdo a invariantes funcionales (asimilación y acomodación) que, desde la filogénesis, permiten aventurar una continuidad explicativa, más allá de una descripción discontinuista. En su carácter de biólogo, **Piaget** insiste en la continuidad explicativa. En **Chomsky**, la especificidad del lenguaje plantea problemas para la psicología y la biología, e incluso para la biología evolucionista. **Chomsky** sugiere que la aparición del lenguaje es algo “enigmático”, tanto en los niveles ontogenéticos como filogenéticos.

4. ¿Hace todo esto interesante el lenguaje? Si vamos a aludir al plano de la ontogénesis para la descripción y explicación de qué cosa es un lenguaje, no podemos eludir la consideración, anteriormente expresada, de que estudiar la adquisición del lenguaje contribuye a determinar algunos aspectos básicos sobre el lenguaje. Seguramente podemos señalar: (1) un ámbito que podríamos deno-

minar físico, o bien neurobiológico, en el que pueda analizarse el sustrato material del lenguaje; y eventualmente la actividad fonológica; (2) un plano conductual, que se corresponde con el estudio de la actividad lingüística en tanto los hablantes despliegan sus habilidades; (3) un plano de descripciones intencionales, en el que los sujetos informan, prometen, preguntan, entienden, interpretan, etc., que la filosofía del lenguaje más reciente, y la filosofía de la mente, han denominado pragmática. Y finalmente, (4) un plano de descripción computacional, en el que se estudian principios formales expresados en algoritmos, carentes de contenido, y vigentes en los procesos cognitivos en tanto caracteriza la función funcional de un lenguaje.

La pregunta acerca de qué es lo que aprendemos cuando aprendemos un lenguaje, es singularmente la pregunta que nos hacemos al estudiar la adquisición del lenguaje. Un niño, nacido *infans*, va a adquirir, en un lapso que va desde los dieciocho a los sesenta meses, una lengua, su lengua materna. La cuestión de qué es lo que sucede cuando un niño adquiere el lenguaje, obliga a postular mucho más que argumentaciones lingüísticas. Obliga a replantearse el lenguaje como objeto teórico, asumiendo perspectivas diferenciadas pero solidarias en brindar una descripción pormenorizada, no reduccionista y compleja, que invade territorios que van desde la postulación de modelos de lo mental (asumir una decisión entre un modelo conductista o un modelo mentalista, por ejemplo) hasta la conclusión de modelos computacionales o de inteligencia artificial. Una reconceptualización de qué cosa sea un lenguaje sólo puede surgir de una indagación acerca de qué es lo que adquirimos cuando adquirimos un lenguaje.

## Bibliografía

**Akmajian, A., R. Demers y Harnish**

1984 *Lingüística: una introducción al lenguaje y la comunicación*, Madrid, Alianza, Textos.

**Belinchón, M., J. Igoa y A. Rivière**

1992 *Psicología del lenguaje, Investigación y teoría*, Madrid, Ed. Trotta.

**Chomsky, N.**

1957 *Estructuras sintácticas*, Mexico, Siglo XXI, 1974.

1995 "Sobre la naturaleza, uso y adquisición del lenguaje" en Rabossi E. y C. González, (comp) *Análisis Filosófico*, Buenos Aires, Volumen XV, N° 1 y 2, 1996.

**Chomsky, N. y J. Piaget**

1979 *Teorías del lenguaje, teorías del aprendizaje*, Crítica-Grijalbo, España, (Recopilación Piatelli-Palmarini), 1983.

**Gomila Benejam, A.**

1995 "Evolución y lenguaje" en Broncano, F. (comp.), *La mente humana*, Madrid, Edit. Trotta.

**Hierro Pescador, J.**

1986 *Principios de Filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza.

1990 *Significado y verdad*, Madrid, Alianza.

**Humboldt, W. V.**

1990 *Sobre la diversidad de la estructura del Lenguaje humano*, Barcelona, Ed. Anthropos.

**Piaget, J.**

1959 *La formación del símbolo en el niño*, México, FCE, 1986.

**Rorty, R.**

1969 *El giro lingüístico*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1990.

**Sapir, E.**

1951 *El lenguaje*, México, FCE, 1956.

**Vigostky, L.**

1990 *Obras escogidas*, Madrid, Visor, M. Educ. y Ciencia.

**Whorf, B. L.**

1964 *Lenguaje, pensamiento, realidad*, Barcelona, Barral, 1971.